

: Patria Nova :

ANY I

OLOT, 31 de Maig de 1919

NUM. 2

Donatiu del Sr. Danós

Electors! voteu la candidatura d'ordre d'en

Lluís Pons y Tusquets

El banderín de l'Espanya Gran

En la passada elecció a Diputats a Corts els monopolisadors locals del amor a Catalunya explotaren el tan sapigut tòpic de l'Espanya Gran, sens dubte per a donar un exemple de magnanimitat y desprendiment may vistos, y per que's vegés que en sa campanya de reivindicació patriòtica la grandesa del seu esperit els portava a trevallar també per a la lliberació de totes les demés regions d'Espanya.

¡Per Catalunya y per l'Espanya Gran! Aquest era el crit qu'havia de moure els cors dels catalans y entusiasmá a les multituds fins al punt de pensar en que per obra y gracia de la magia catalanista havia arribat el moment de la tan desitjada restauració de l'Iberia.

¡Per Catalunya y per l'Espanya Gran! Que vol dir que'ls homes de la Catalunya lliguera havent abominat sempre del govern centralista de Madrid haguessin perjurat que'ls seus homes no s'assentarien may en els ascons del banch blau.

Que vol dir que per llargs anys haguessin calificat d'atrasades a les demés regions espanyoles y que essent Catalunya de les poques capacitades per administrarse a si mateixa per lo mateix res ens havia d'importar si permanexia estancada la vida de les demés.

¡Per Catalunya y per l'Espanya Gran! Després de la maniobra de l'Assamblea qu'explotaren a tort y a dret era qüestió de tenir el valor y el civisme de sacrificar-se desde'l despatx de tres ministeris per a laborar la felicitat de la nació.

Si en l'anterior etapa electoral tenian dos ministres es clar qu'allavors convenia justificar

l'acceptació de les dugues carteres y evitar de pas que'ls seus correligionaris els hi pressin en cara el mot de traydors de Catalunya. Per aixó inventaren la nova frase renovadora de l'Espanya Gran a fi de donar la sensació de que fossin catalans els qui, ab el seu seny, ab la seva serenitat, ab sos procediments de sinceritat y puresa política immaculades, estaven predestinats a salvar a Catalunya y ab ella a l'Espanya entera.

Are ja es un altre cosa. Are de l'Espanya Gran no se'n recorden encara que'l patriotisme imposi l'obligació de reforçar l'autoritat dels pochs homes dignes que en Espanya queden per a portar la nau del Estat a bon port.

Are, cal arreconar aquell banderín per revelar. Després de fracassades totes les maniobres que per a laborar l'Estatut de Catalunya forjaren ab aquell plebiscit modelo de explotació de la voluntat municipal, are, quan encara es un somni y una promesa incomplerta la redempció de l'Espanya Gran, avuy que no tenen cap cartera ministerial han de atacar al govern que precisament es l'únic capacitat per a satisfer les aspiracions regionals y han de declarar anticatalana la candidatura que en el seu amor a Catalunya y ajunta el de l'Espanya entera.

Els nervis son uns mals concellers y aixó que els homes de la Lliga a Catalunya fins are passaven o 's feyen passar ab auto bombo de la seva premsa pels homes del seny, de l'equanimitat, de l'equilibri.

Desde qu'han vist la desbandada que comença a engrandirse en les seves files y que personalitats rellevants del seu partit se retrauen de certes actituds inconfessables y que la gent honorada de la nostra terra ha descobert la fam insaciable de mando y l'esperit centralista que de



Madrid volen implantar a Barcelona el sistema de la Liga a Catalunya se descomponen y es tanta la larca que en el seu sistema nerviós afecta la vida de la pèrdia monopolisadora d'amor a Catalunya que recorren y mouen tots els ressorts fins els mes ridicols. ¡Costi lo que costi, pesi a qui pesi. Es qüestio de vida o mort.

¿Que importa que l'Església per la veu dels

seus Prelats condenni l'actitut nostra de voler anteponer certes reivindicacions regionals als interesos de la Religió i encara que aquests garantisca la revifalla de l'esperit patriòtic?

Calma Senyors, calma; no vulgueu fer passar el clau per la cabota. Llegiu la pastoral del Prelat de Barcelona y veureu si es clar o fosch que lo secundari s'ha de sacrificar a lo principal.



LES ELECCIONS Y'LS CATÓLICHS

LO QUE DIU UN PRELAT IL·LUSTRE

Momento decisivo.—¿Qué hacer?—La Religión, ante todo.—También entre nosotros.—Concretamos.—Todos a la lucha.

MOMENTO DECISIVO

Con nociva frecuencia hemos visto repetirse las elecciones. En ningún caso os hemos dirigido instrucción ni exhortación alguna. ¡Es tan peligroso terciar cuando de luchas se trata! Cuando todos discuten y todo se discute, ¡es tan expuesto que lo indiscutible descienda y se coque en el plano de la discusión!

Los momentos son de tal modo decisivos, que el silencio pudiera argüir culpable indiferencia. Asistimos a la elaboración de un mundo nuevo: no aportar, si no sillares, granos de arena a la construcción de la nueva ciudad, es delito de lesa patria.

Lo que la futura ciudad haya de ser depende de la calidad de los materiales que se aporten. Y para la aportación de materiales se ha fijado un solo día: el 1.º de junio próximo. El voto: he aquí el medio que a todos se nos concede para colaborar en la construcción de la ciudad nueva.

A nadie se oculta que las elecciones próximas decidirán el porvenir de España. No se trata ya de si nos ha de regir este o el otro sistema político, de si ha de predominar tal o cual escuela económica, de si la acción administrativa ha de seguir unos u otros cauces, de si deben fomentarse intereses materiales determinados con preferencia a otros. Todo ello sería importante y obligatoria a la actuación decidida. Se trata de algo más: religión, familia propiedad, justicia, orden, autoridad; todo lo que es base de vida social, está en litigio, y el fallo debe dictarse el 1 de junio. Se trata de ser o no ser.

Pasará ese día y las lamentaciones, y las protestas serán inútiles, pues no se podrán reparar las faltas cometidas ni prevenir las consecuencias funestas.

Tenedlo entendido y no lo olvideis, amados

hermanos he hijos nuestros: las elecciones decidirán, no solamente de los intereses de cada uno de vosotros; del porvenir de vuestros hijos, de vuestra casa, de vuestros bienes.

¿QUÉ HACER?

Penetrarnos bien y persuadir a los demás de que existe el deber electoral, es lo primero que debemos procurar. No se trata de un acto indiferente, ni de una mera formalidad civil, sino de una obligación de conciencia, que envuelve responsabilidad ante Dios.

Todos los moralistas, aun los menos cristianos, incluyen este deber entre los que gravitan sobre la conciencia del hombre como ciudadano, y los moralistas católicos aportan al cumplimiento del mismo las luces de la fe, desmenuzando los distintos casos que pueden ocurrir, a fin de ilustrar la conciencia cristiana en tan importante acto.

Leed lo que dijo monseñor Freppel en una de sus célebres pastorales sobre esta materia;

«Entre los deberes de la vida civil no hay otro más importante que el ejercicio del derecho de sufragio... De él depende, en efecto, el buen orden de la ciudad, y por consecuencia natural, el progreso de las costumbres y de la religión misma. No hay acto más grave ni que encierre responsabilidad en más alto grado.

El olvido de las obligaciones del cristiano en el ejercicio del derecho del sufragio encierra, no titubeamos en decirlo, una cuestión de vida o muerte para una nación. Tienen los fieles deber estricto y riguroso, *deber grave* de no dar jamás sus sufragios a hombres hostiles a la Religión.

A nosotros los católicos de España, Decía el santo Pío X:

«Tengan todos presente que, ante el peligro de la Religión o del bien público, a nadie es lícito permanecer ocioso. Ahora bien: los que se esfuerzan para destruir la Religión o la sociedad ponen la mira principalmente en apoderar-

se, si les fuera dado, de la administración pública y en ser nombrados para los Cuerpos legislativos. Por tanto, es menester que los católicos eviten con todo cuidado tal peligro, y así, dejados a un lado los intereses de partido, trabajen con denuedo por la incolumidad de la Religión y de la Patria, procurando con empeño, sobre todo, esto, a saber: que tanto a las asambleas administrativas como a las políticas o del reino vayan aquellos que, consideradas las condiciones de cada elección y las circunstancias de los tiempos y de los lugares, según rectamente se resuelve en los artículos de la citada revista (*Razón y Fe*), parezca que han de mirar mejor por los intereses de la Religión y de la Patria en ejercicio de su cargo público.

Debemos tener en cuenta que «los buenos Gobiernos no pueden nacer si no hay un pueblo bien preparado que los aliente», como ha dicho León XIII.

LA RELIGIÓN, ANTE TODO

Atended en primer lugar para dar vuestro sufragio a la condición de católico del candidato. Relegad a segundo término toda otra consideración de partido, de escuela, de relaciones personales. El gran mal de nuestros tiempos estriba en el ateísmo de los Estados, en la indiferencia y en la neutralidad que preparan los caminos a dicho ateísmo cuando no son la profesión vergonzante del mismo. Por eso, en pastoral colectiva de los prelados de esta provincia eclesiástica se os prevenía concretamente contra dicha neutralidad, considerándola como el mayor mal que padecemos.

Es deber nuestro, y por penoso que nos sea y a trueque de todo, debemos insistir sobre este punto. Aunque con acto especial de presencia de Dios y con la máxima elevación de miras insistimos sobre esta materia, no queremos, para alejar toda sospecha de apasionamiento o parcialidad, hablar por nuestra cuenta. Hablen por nos supremas autoridades.

Dice nuestro amadísimo Pontífice Benedicto XV:

«Como la corrupción precipitó un día ciudades célebres en un mar de fuego, así en nuestros días la impiedad de la vida pública, el ateísmo erigido en sistema de pretendida civilización, han precipitado al mundo en un mar de sangre.»

El cardenal Mercier declara a este propósito:

«En nombre del Evangelio, a la luz de las Encíclicas de los cuatro últimos Papas: Gregorio XVI, Pío IX, León XIII y Pío X, no dudo en declarar que esa indiferencia religiosa que pone a igual nivel la religión de origen divino y las religiones de invención humana, para envolverlas todas en el mismo escepticismo, es la blasfemia que, más aún que las faltas de los individuos y de las familias, atrae sobre la sociedad el castigo de Dios.»

Y el cardenal van Rossum, en carta dirigida al reverendo padre Phidippe, fundador de la Liga Apostólica, decía no hace mucho:

Desgraciadamente, la mayor parte de las naciones han adoptado por principio el excluir a Dios del régimen social. Se hace esto bajo el espeioso pretexto de la tolerancia y de la libertad de pensamiento. Y los católicos, sea por ignorancia, producto nefasto de periódicos malos o sin color; sea por miedo a los malvados, sea como consecuencia de divisiones, sea por una abstención inoportuna de toda política, sea por un vano y exagerado patriotismo, han dejado hacer. Mientras tanto sufren las consecuencias funestas de su culpable negligencia.

Es más que tiempo de iniciar una fuerte reacción. Y esto mayormente cuando existen entre los católicos tendencias peligrosas. No solamente no van, como debieran hacerlo, hasta exigir el deber entero de las sociedades para con nuestro Señor Jesucristo y la Santa Iglesia, sino que se muestran muy satisfechos cuando el nombre de Dios aparece una que otra vez en los actos oficiales. Los hay (y se dicen católicos) que ponen su nacionalidad por encima de todo, esto es la tierra por encima del cielo, el cuerpo por encima del alma, lo material por encima de lo espiritual. Estos titulados católicos quieren eliminar toda disputa interior a fin de que todos los esfuerzos de la nación sean dirigidos contra los enemigos exteriores; pero olvidan que el único medio de obtener un resultado duradero en este punto, esto es, el orden que da la paz, es el triunfo universal de los principios católicos, y para ello la lucha contra los principios opuestos, mientras que por el contrario, el sacrificio de estós mismos principios católicos lleva consigo una división más grande, más fuerte y más incurable; división que puede ser ahogada por el momento, pero que estará poco después con tanta mayor fuerza cuanto que haya sido más oprimida. La conducta de estos católicos es condenable; causan un perjuicio muy grande a la causa católica y a la Santa Iglesia.»

TAMBIÉN ENTRE NOSOTROS

se sobrepone el espíritu patriótico al espíritu religioso. Con pena leemos en publicaciones de cuyo catolicismo no queremos dudar, afirmaciones como la siguiente:

«Avui, a les terres d'Espanya, per una sèrie de circumstàncies notòries, no cal pensar en una revifalla de l'esperit religiós. No cal pensar sino en una revifalla de l'esperit patriòtic.»

Peró aquest esperit patriòtic no es sentit avui sinó mitjançant els nacionalismes locals. I es per aixó que el nacionalisme, si no constitueix una panacea per als conflictes socials, proporciona una condició previa per a resoldre's: la identificació de tots els estaments i tots els individus en un ideal col·lectiu.»

Fuera esto verdad, que no lo es, sobre todo por lo que se refiere a España, y lejos de resignarnos y consagrar nuestra actividad a la reviviscencia del espíritu patriótico, deberíamos poner siempre a éste en segundo término y dedicar nuestro esfuerzo a reanimar el espíritu religioso, como el medio más adecuado y seguro para la realización de nuestros anhelos patrióticos.

Amamos a España, a nadie cedemos en amor a Cataluña; pero ambos amores los incluimos y exaltamos en el amor a la Iglesia, porque ella es la Madre de nuestro espíritu, la que nutrió e hizo grandes a Cataluña y a España, por que ella es la única salvación de los pueblos, la que ha formado el alma de nuestro país, la fuente de su belleza moral, la inspiradora de sus esplendores artísticos.

Avui, hoy, más que nunca, hay que pensar en tierras de España en la reviviscencia del espíritu religioso. Es la Iglesia el último baluarte que nos queda contra todas las barbaries que nos amenazan! Es la luz que brilla y brillará inextinguible en medio de los desórdenes de la inteligencia y del corazón. Es la única fuerza que flota inquebrantable sobre las olas de la anarquía que avanza.

Por eso insistimos con toda la plenitud y fuerza de nuestra autoridad: «La Religión ante todo. Atended en primer lugar para dar vuestro sufragio, a la condición de católico del candidato.» Si ésta va acompañada de otras nobles idealidades, tanto mejor; pero que jamás antepongáis lo secundario a lo principal.

CONCRETAMOS

Es deber de conciencia la emisión del voto, y por lo mismo comete pecado de omisión el que, sin causa proporcionada que le escuse, deja de votar.

Sólo la imposibilidad o una muy grande necesidad puede dispensar de esta obligación, pues el cumplimiento del deber exige hasta el sacrificio proporcionado.

Abstenerse de votar es desertar del campo de batalla, y, por lo mismo, importa cobardía o traición. Puede contribuirse al triunfo del enemigo o del indiferente en religión, si se rehusa el voto al candidato honrado y católico, y en tal caso se comete falta grave.

En el caso de presentarse varios candidatos a quienes no quepa negar el título de católicos, se votará al que ofrezca más garantías en orden a la defensa y fomento de la Religión.

De no presentarse candidato de seguras garantías desde el punto de vista católico, aun se deberá votar por el candidato reputado menos malo, con tal que no sea sectario.

Aquellos para quienes el voto es legalmente obligatorio, en el caso de que los candidatos que

se presenten sean todos sectarios, deberán votar en blanco.

Las inspiraciones de la propia conciencia, y, en la duda, la consulta con hombres de inteligencia, lealtad y perfecta honorabilidad de vida, decidirán en los casos concretos y personales.

TODOS A LA LUCHA

El deber electoral no se concreta sólo a los que tienen el derecho de emisión del sufragio.

Puesto que los supremos y más íntimos intereses, que afectan a todos los católicos, peligran en este momento decisivo, todos deben aprestarse a la lucha.

Vosotras también mujeres cristianas, lo que constituye vuestra fuerza, vuestro honor y vuestro consuelo, la Religión católica, el alma de vuestros hijos, están en peligro. No votáis aún, pero, podéis y debéis votar en pro de tan sagrados intereses. Un buen consejo, salido más que de vuestros labios de vuestro corazón, infundirá valor, será decisivo.

Añadid, mujeres piadosas y vosotras vírgenes del Señor la oración que obtiene luz para los espíritus, la plegaria que mueve los corazones, la intercesión que alcanza el favor divino y prepara la salud de los pueblos.

† ENRIQUE, Obispo de Barcelona.

Barcelona, 10 de mayo de 1919,



CIUTADANS:

la candidatura de

D. LLUIS PONS TUSQUETS

representa la pau, l'ordre,
la moralitat y la lliberació
del nostre país

